

La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI

Profesor investigador del Departamento de Estudios de la
Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara y del
Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO.
Dirección: Periférico Sur 8585, 45 Tlaquepaque, Jalisco, México.
Teléfono: (523) 6693458 Fax: (523) 6693460
E-mail:raulfn@prodigy.net.mx

La investigación de la comunicación

● Raúl Fuentes Navarro

En setiembre de 1974 Luis Ramiro Beltrán presentó en Leipzig su célebre recuento sobre «La investigación de la comunicación en América Latina ¿indagación con anteojeras?» Con base sobre todo en la documentación compilada por CIESPAL, Beltrán enumeraba las principales áreas de concentración temática, subrayaba las tendencias en cuanto a tópicos investigados y a resultados obtenidos en los últimos quince años, y constataba que:

«es obvio que la investigación de la comunicación en América Latina ha seguido las orientaciones conceptuales y metodológicas establecidas por los investigadores en Europa y los Estados Unidos. El efecto de esto, en esencia, ha significado que algunos estudios han enfatizado la com-

presión conceptual por encima de la producción de evidencias empíricas, mientras que otros estudios han hecho exactamente lo opuesto»¹.

La influencia predominante y más duradera era la que Beltrán llamaba «orientación europea clásica» (caracterizada como histórica, intuitiva, filosófica, especulativa y escolástica), presente sobre todo en los estudios de historia del periodismo y legislación de la comunicación. En segundo lugar quedaba la influencia de la «orientación norteamericana» (positivista, empirista, sistemática y funcionalista), especialmente en los trabajos de difusión de innovaciones agrícolas, estructura y funciones de los medios y comunicación educativa, es decir, televisión, radio y audiovisuales grupales. Finalmente, la influencia de la «orientación europea moderna» (semiótica, estructuralista) era la más reciente y menos fuerte, concentrada en los análisis de contenido. Se detectaban «influencias mixtas» en las áreas de análisis de contenido y efectos de la programación televisiva, y acerca del flujo de noticias y las influencias extrarregionales sobre los sistemas de medios. En cuanto a los enfoques metodológicos, Beltrán observaba que «si los estudios existentes se clasificaran en descriptivos, explicativos y predictivos, probablemente la mayoría quedaría dentro de la primera categoría, algunos en la segunda y los menos en la tercera» (*op.cit.* p.24-

25). Aunque las «áreas temáticas» han variado sustancialmente, no puede decirse que en su estructura fundamental el campo haya cambiado demasiado, sobre todo en sus alcances teórico-metodológicos.

Pero la investigación de la comunicación como práctica social se explica también en otras dimensiones. Aquel documento de Beltrán termina significativamente con comentarios sobre la «mitología de una ciencia exenta de valores» y sobre el «riesgo del dogmatismo». La oposición, en muchos sentidos maniquea, entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación social, referida directamente a la polémica entablada poco tiempo antes entre los grupos de investigadores encabezados por Eliseo Verón en Argentina y Armand Mattelart en Chile, da lugar a una pregunta crucial, con la que Beltrán remata su recuento:

«¿Podrá esto significar que la investigación latinoamericana de la comunicación estará algún día en riesgo de sustituir el funcionalismo ideológicamente conservador y metodológicamente riguroso por un radicalismo no riguroso? Sea tan amable el paciente lector de responder a esa pregunta. Y ojalá esa respuesta nos dé lúcidas claves sobre si la investigación latinoamericana de la comunicación dejará de ser la búsqueda con anteojeras que a veces parece haber sido... independien-

temente del color de las anteojeras (*op.cit.* p.40)).

En homenaje a Luis Ramiro Beltrán, veinticinco años después, y ante una evidente multiplicación de los colores, modelos, tamaños y orígenes de las anteojeras en uso, propongo en este trabajo algunas interpretaciones personales acerca de las inercias e iniciativas predominantes en la investigación latinoamericana de la comunicación en los años noventa, y las consecuentes propuestas de reformulación estratégica de sus prácticas, en tres planos articulados: el de la historia del campo, en que sugiero relecturas y reescrituras que orienten la renovación de las utopías fundantes; el plano propiamente científico, en que enfatizo la pertinencia de una metodología comunicacional como eje para articular la teoría y la práctica de la investigación en búsqueda de una mayor consistencia epistemológica y una mayor pertinencia ética; y finalmente, en el plano de la construcción comunitaria del futuro, en donde ofrezco una argumentación sobre las tendencias de disolución o consolidación disciplinaria de los estudios de comunicación.

UNA PROPUESTA PARA RELEER Y REESCRIBIR LA HISTORIA DEL CAMPO: LA RENOVACIÓN DE LA UTOPIA

En 1992 FELAFACS publicó un libro titulado *Un campo cargado de futuro. El estudio de*

la comunicación en América Latina en el que, bajo la forma de un texto de apoyo para la docencia, intenté trazar los fundamentos para una historia de la investigación latinoamericana de la comunicación. Partía entonces, y lo reafirmo ahora, del supuesto fundamental de que «*la construcción de mapas orientadores* ante la creciente complejidad del campo es un prerrequisito importante para la generación de opciones profesionales (y académicas) más claras y para el reconocimiento de los antecedentes, fundamentos y necesidades de desarrollo del pensamiento y la acción latinoamericanos sobre la comunicación en la última década del siglo XX»².

En esos principios de la década logré, sin gran dificultad, reconstruir la «problemática» latinoamericana de la comunicación y los acercamientos a su investigación y práctica predominantes en los años sesenta a partir del eje de tensión (teórico-metodológico) entre el desarrollo y la dependencia, así como su desplazamiento, en los años setenta, hacia el eje de tensión (epistemológico-político) entre los criterios de cientificidad y la contribución al cambio social. Pero ningún esquema de este tipo me permitió entonces organizar las tensiones del campo en los años ochenta, por lo que opté por «abrir el horizonte futuro revisando no sólo las temáticas o los aportes principales, sino algunas

de las dimensiones del campo, en cuyas contradicciones, crisis y desarticulaciones radica la *síntesis* actual de la historia y las posibilidades de trabajo creativo que son el reto que habrá que enfrentar en los noventa para construir y realizar el futuro imaginado» (*op.cit.* p.9-10).

En aquel momento que, como lo formuló Jesús Marín Barbero en 1987, seguía exigiendo «aceptar que los tiempos no están para la síntesis» y que teníamos que «avanzar a tientas, sin mapa o con sólo un mapa nocturno... un mapa no para la fuga sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos»³, proliferaron las revisiones autocríticas del pasado y las prefiguraciones del futuro del campo, escritas por varios de los más importantes investigadores latinoamericanos. Muy pocos de esos textos son optimistas o inspiradores de acciones entusiastas a pesar del evidente crecimiento en tamaño y relevancia social del campo, en casi todos los países latinoamericanos.

Se habló de los ochenta como una «década perdida», como si el diagnóstico de la economía latinoamericana le fuera aplicable automáticamente a la investigación de la comunicación. Sin embargo, la tensión predominante en los años noventa pareció establecerse sobre el eje del abandono de las premisas críticas, sea ante la adopción de la «inevitable vigencia» de las leyes

del mercado también en el ámbito de la investigación, sea ante la dispersión de enfoques sobre las múltiples «mediaciones» culturales de las prácticas sociales, sea en otras direcciones.

Por un lado, entonces, las temáticas asociadas a la «globalización» y las tecnologías digitales y, por el otro, las asociadas a las «identidades» microsociales, exigieron la ruptura (o provocaron el «desvanecimiento») de casi todos los supuestos teórico-metodológicos, epistemológicos y, sobre todo ideológicos, que habían sostenido la investigación de la comunicación en las décadas previas. Desde mediados de los años ochenta, parece tener cada vez menos sentido investigar las relaciones de los medios de difusión con la dependencia o con el desarrollo nacionales, formular e impulsar alternativas a las políticas y prácticas de la «manipulación» informativa o el entretenimiento comercial, o discutir los fundamentos conceptuales que permiten llamar «comunicación» no sólo a tantos fenómenos distintos, sino enfocados desde perspectivas fragmentarias y hasta opuestas entre sí, a lo largo de distintos ejes.

Es decir, sin que hayan desaparecido el maniqueísmo o el dualismo que en otras épocas «organizaban» el pensamiento, el discurso y la acción sobre la comunicación, desde mediados de los años ochenta parecen haberse

multiplicado en tal medida las «posturas» y las «posiciones» desde las cuales se puede investigar la comunicación, que el debate es cada vez más difícil, al haber menos referentes comunes. Lo mismo, o algo parecido, sucedía en otros ámbitos de las ciencias sociales⁴ y en los estudios sobre la comunicación en todo el mundo⁵. Pero en América Latina, más que nada, parece haberse perdido la profundidad ideológica, el poder de las creencias que orienten las búsquedas del *sentido* de la comunicación.

Hace veinticinco años, cuando Beltrán acuñó la fórmula de la «indagación con anteojeas» para cuestionar el futuro de la investigación de la comunicación en América Latina en función del riesgo de «sustituir el funcionalismo ideológicamente conservador y metodológicamente riguroso por un radicalismo no riguroso», difícilmente era pensable el riesgo de abandonar todo intento de elaborar un pensamiento crítico riguroso y sustituirlo por un pragmatismo ideológicamente liberal no riguroso. Cuando, pocos años después, el mismo Beltrán proponía que «no renunciemos jamás a la utopía»⁶, tenía sin duda en mente que la investigación en comunicación podía y debía contribuir, en sus términos generales, a la «democratización» de las sociedades latinoamericanas, a la defensa de su soberanía económica, política y cultural, y al «desarrollo» en su acepción más am-

plia. En función de esos fines, de ese compromiso con el futuro de la sociedad, la investigación debía ser rigurosa, no voluntarista o dogmática.

Pero en un mundo que ha entrado decididamente en una transición de un sistema histórico a otro, de características inciertas⁷, es necesario replantear los términos del compromiso, y por lo tanto el sentido de la utopía. En la América Latina de los años noventa, la relación entre investigación y mercado, en el contexto de la *modernidad*, pareció formular el núcleo de las reflexiones más pertinentes en términos de sus articulaciones políticas y culturales. Jesús Martín Barbero planteaba recientemente esta «tensión» en la siguiente forma:

«La combinación de optimismo tecnológico con escepticismo político ha fortalecido un *realismo* de nuevo cuño que se atribuye a sí mismo el derecho a cuestionar todo tipo de estudio o de investigación que no responda a unas demandas sociales *confundidas con las del mercado o al menos mediadas por éste*. Se acusa entonces al trabajo académico e investigativo de la década de los ochenta de *improductivo*, de haberse divorciado de los requerimientos profesionales que hace la nueva sociedad. Desde otro ángulo, esa posición representa una muestra de la sofisticada legitimación académica que ha logrado el neoliberalismo en nuestros

países: el mercado, fagocitando las demandas sociales y las dinámicas culturales, deslegitima cualquier cuestionamiento de un orden social que sólo puede darse su «propia forma» cuando el mercado y la tecnología liberan sus fuerzas y sus mecanismos⁸.

Aunque mediante argumentos muy distintos y un afán polémico mucho mayor, un artículo de Héctor Schmucler publicado en la misma revista evidencia la misma tensión, si bien enfatiza el predominio del *conformismo* político-social entre los investigadores latinoamericanos, a pesar de que haya «numerosas excepciones»⁹. El objeto de la crítica de Schmucler son aquellos enfoques de la comunicación que, centrados en los procesos de recepción y en sus mediaciones culturales, abandonaron la denuncia de los mecanismos de poder que hasta entonces parecía haber caracterizado a la investigación latinoamericana sobre los medios. La postura de Schmucler en este texto se opone explícitamente a la de José Joaquín Brunner, pero al subrayar la «similitud» y la «cercanía» de los «espacios» conceptuales trazados por éste, implica también a los autores de dos libros que «ejercieron una influencia destacada entre académicos e investigadores de América Latina, Jesús Martín Barbero y Néstor García Canclini¹⁰.

Más allá de una polémica que parece enfrentar entre sí a personajes que argumentan

en favor de la recuperación crítica de las condiciones ideológicas que la «modernidad» ha impuesto a la investigación latinoamericana de la comunicación, y que utilizan para ello marcos axiológicos muy parecidos, en los discursos de Martín Barbero y de Schmucler se deja ver la urgencia de una reafirmación ética, antes que de una reformulación epistemológica de los estudios sobre la comunicación,

«... pues las gentes pueden con cierta facilidad asimilar los instrumentos tecnológicos y las imágenes de modernización, pero sólo muy lenta y dolorosamente pueden recomponer su sistema de valores, de normas éticas y virtudes cívicas. El cambio de época está en nuestra sensibilidad pero 'a la crisis de mapas ideológicos se agrega una erosión de los mapas cognitivos' (Lechner). No disponemos de categorías de interpretación capaces de captar el rumbo de las vertiginosas transformaciones que vivimos. Sólo alcanzamos a vislumbrar que en la crisis de los modelos de desarrollo y los estilos de modernización hay un fuerte cuestionamiento de las jerarquías centradas en la razón universal, que al trastornar el orden secuencial libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, permitiéndonos recombinar las memorias y reapropiarnos creativamente de una descentrada modernidad» (*op.cit.* p.59).

A mi juicio, Immanuel Wallerstein aporta una perspectiva útil en este sentido, la de la *utopística*, que implica replantear las estructuras de conocimiento y «de lo que en realidad sabemos sobre cómo funciona el mundo social», en vez de confiar en una «utopía» o lugar inexistente como modelo futuro de sociedad. «Utopística», en cambio,

«es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, relativamente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad»¹¹.

Si, a partir de esta propuesta, *re-leyéramos* y *re-discutiéramos* los textos fundamentales de la investigación latinoamericana de la comunicación, y reinterpretáramos su orientación ético-ideológica, es decir, política y moral, en el sentido de una prefiguración de la comunicación en la sociedad, para *re-escribir* su historia como «utopística» y no como utopía o como denuncia, quizá podríamos reestructurar y renovar el im-

pulso de futuro que se ha producido pero no acumulado en nuestro campo. Un proyecto así, en una época de transición como la actual, no puede basarse sino en una decisión individual o de grupo, debido al «factor del aumento del libre albedrío» que señala Wallerstein, quien concluye:

«Si deseamos aprovechar nuestra oportunidad, lo que me parece una obligación moral y política, primero debemos reconocer la oportunidad por lo que es y lo que consiste. Esto exige reconstruir la estructura del conocimiento de modo que podamos entender la naturaleza de nuestra crisis estructural y, por lo tanto, nuestras opciones históricas para el siglo XXI. Una vez que entendamos nuestras opciones, debemos estar listos para participar en la batalla sin ninguna garantía de ganarla. Esto es crucial, ya que las ilusiones sólo engendran desilusiones, con lo que se vuelven despolitizantes» (*op.cit.* p.89).

Hay que recordar que el autor de tal propuesta, al mismo tiempo y en el mismo sentido, ha argumentado la urgencia de *Impensar*¹² y de *Abrir las ciencias sociales*¹³, y que la polémica político-científica que ha alentado Wallerstein en todo el mundo ha sido atendida con interés por muchos científicos sociales latinoamericanos, que la reinterpretan en función de la ubicación cognoscitiva, ideológica y geográfica propia, porque «el in-

forme [Gulbenkian] es sugerente y cultiva una actitud abierta en relación con los desafíos contemporáneos»¹⁴.

PARA REARTICULAR TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA INVESTIGACIÓN: UNA METODOLOGÍA COMUNICACIONAL

Renato Ortíz propone la que a mi juicio es la postura crítica más productiva y racional ante el movimiento de repensar las ciencias sociales. Señala que es necesario evitar dos actitudes: la conservadora, que «consiste en tomar a los clásicos como fundadores de un saber acabado, lo que nos conduciría por necesidad a una mineralización del pensamiento», y la opuesta, representada por el «creer que todo ha cambiado, que los tiempos actuales, flexibles, demandarían una ciencia social radicalmente distinta e incompatible con lo que hasta entonces se ha practicado» (*op.cit.* p.20). Ortiz rechaza la idea de que estemos ante una «revolución epistemológica» pues, como Bourdieu, reconoce para las ciencias sociales únicamente «el momento de la revolución *inaugural*, acto fundador del propio campo de conocimiento».

«Cualquier balance que se realice sobre las ciencias sociales debe tomar en consideración la existencia de una tradición intelectual que se incorpora en las diversas instituciones académicas. El pasado es el presente que se

manifiesta en el arsenal de conceptos con los que operamos, en los tipos de investigaciones que realizamos, en la bibliografía que seleccionamos, en las técnicas que empleamos, etc. No obstante, las transformaciones ocurridas han sido profundas. Hacer un fetiche del saber tradicional equivaldría a confinarnos en una posición conformista y a dejar de percibir aspectos que exigen un tratamiento nuevo y diferenciado. El arte consiste en entender la tradición como punto de partida, en la cual sólo enraizamos nuestra identidad, sin que por ello quedemos prisioneros de su rigidez. Comprender la tradición es, pues, superarla; dar continuidad a la construcción de un saber que no es estático ni definitivo (*op.cit.* p.21).

En la investigación sobre la comunicación hay diversas tradiciones teórico-metodológicas, que al igual que en las ciencias sociales en escala más amplia, han sido puestas en revisión en los últimos años¹⁵. Desde muy distintas posiciones intelectuales, ideológicas y geográficas, la multiplicación de propuestas de reformulación teórica y práctica de los estudios de comunicación manifiesta una insatisfacción generalizada con el estado actual del campo, y la urgencia de repensar sus fundamentos y de reorientar su ejercicio. Puede aceptarse como muy representativa la justificación en que basa Dan Schiller su obra más reciente:

«Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno. Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo socio-cultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades»¹⁶.

Este propósito general supone, entre otras cosas, sustituir el concepto predominante que identifica a la comunicación con la transmisión y circulación social de «mensajes» por un marco conceptual más complejo, alrededor de la comunicación considerada como proceso socio-cultural básico, es decir, como producción de sentido.

En términos de Klaus Krippendorff, la perspectiva tradicional, fundante, de los estudios sobre la comunicación, está siendo «lentamente desafiada por lo que podrían llamarse explicaciones reflexivas». Los sesgos conceptuales hacia los mensajes

se pueden caracterizar en tres postulados objetivistas e implícitamente normativos: primero, los mensajes se pueden describir objetivamente, trasladar físicamente de un contexto a otro o reproducirse; tienen una existencia real, objetiva e independiente de alguien que los reciba. Segundo, los mensajes afectan, persuaden, informan, estimulan; cualquier efecto que causen es función de sus propiedades objetivas. Tercero, la exposición a los mismos mensajes crea comunalidad entre emisores y receptores y, en el caso de los medios masivos, entre los miembros de la audiencia¹⁷. Supuestos como estos han sido la base de las tradiciones teóricas que, diferencias aparte en otros aspectos, han constituido el núcleo dominante de la investigación de la comunicación en todo el mundo desde los años cincuenta. El debate actual tiende a cuestionar precisamente lo que, en el contexto más amplio de la teoría social, Anthony Giddens llama «el consenso ortodoxo» (naturalista, causal y funcional)¹⁸.

Como lo han señalado Jensen y Jankowski, en el campo de la comunicación de masas se han dado, en este sentido, dos desarrollos interrelacionados: la emergencia de enfoques metodológicos cualitativos y la convergencia, en torno a este «giro cualitativo», de disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales. Aunque estos autores reconocen el predominio histó-

rico (social y políticamente determinado) de lo cuantitativo y la fragmentación de los referentes, resumen la oposición de los objetos de estudio «comúnmente asociados» a las metodologías cuantitativa y cualitativa en la producción (objetiva) de *información*, por un lado, y los procesos (subjetivos) de *significación* por el otro¹⁹. El estudio de la comunicación debería integrar estos procesos objetivos y subjetivos, y eso sólo puede hacerse mediante modelos teórico-metodológicos multidimensionales y complejos, que por una parte superen el aislamiento conceptual de la comunicación como fenómeno trascendental» y por otro abandonen, hasta donde es posible, el afán de *disciplinizar* su estudio²⁰.

La búsqueda prioritaria, el trabajo más urgente, entonces, parece apuntar hacia un marco de interpretación que, por una parte, reintegre conceptual y metodológicamente la *diversidad* política, cultural y existencial de los *agentes* de la comunicación, y por otra permita *imaginar* las dimensiones de la acción comunicativa en términos *constitutivos* y no sólo *instrumentales* de las prácticas sociales. Una de las propuestas de síntesis de la teoría social contemporánea que puede facilitar esta reformulación es la teoría de la estructuración de Giddens, que recupera la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su ac-

ción. La teoría de Giddens reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, y relaciona tres grandes estructuras institucionales de la sociedad: las de *significación, dominación y legitimación*, con tres modelos de interacción: *la comunicación, el poder y la sanción* respectivamente, a través de las «modalidades» y «mediaciones» de los *esquemas interpretativos, los medios y las normas*²¹.

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de «conciencia práctica», es decir, «todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva». Por ello la ciencia social, para Giddens y sus seguidores, tiene tareas etnográficas fundamentales, pues puede dar forma discursiva a aspectos del «conocimiento mutuo» que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este «conocimiento mutuo» entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan *sentido* en la práctica. Y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecno-

lógicos o no, «nuevos» o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia *identidad*.

Desde esta perspectiva, plenamente *sociocultural*, rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de significación, a través de los esquemas perceptuales e interpretativos que en cada sector cultural median las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la información, es una clave que, además de restituir la complejidad de los procesos socio-culturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la *agencia* o acción transformadora implícita en las *prácticas de comunicación*, es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma. Propuestas teóricas como las publicadas en los años noventa por el danés Klaus Bruhn Jensen²² o el británico John B. Thompson²³, pueden considerarse como los ejemplos más sistemáticos y prometedores de un avance en este plano.

Pero la formulación de sistemas teórico-metodológicos

es, a su vez, una práctica sociocultural, cuyas características y condiciones no pueden separarse de las características y condiciones de la práctica de la investigación. En ese sentido conviene tener presentes en el debate, antes que nada, a los sujetos comunitarios e institucionales cuya *agencia* se configura con base en esquemas explicables bajo la misma lógica.

En el ya citado informe de la *Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, presidida por Immanuel Wallerstein, se señala que los tres «problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos heurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento» son la *relación* entre el investigador y la investigación, la *reinserción del tiempo y el espacio* como variables constitutivas internas en el análisis, y la superación de las separaciones artificiales entre lo político, lo económico y lo sociocultural²⁴. Una «metodología comunicacional» desarrollada para articular la teoría y la práctica de la comunicación, no puede eludir ninguno de estos tres problemas.

Wallerstein formula la relación entre el investigador y la investigación en función de un «reencantamiento del mundo» que reconozca la imposibilidad de la «neutralidad» del científico:

«Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente (*op.cit.* p.82).

Seguramente esta propuesta no parecerá ajena a ningún investigador latinoamericano de la comunicación, como no lo es tampoco la integración espacio-temporal o la articulación de las diversas dimensiones de la existencia social. Las «tradiciones intelectuales» más ricas de nuestro campo en América Latina se han fundamentado, precisamente, en postulados como estos, que son las bases de sustentación tanto axiológica como teórica de la metodología comunicacional que proponemos para impulsar sistemáticamente unas prácticas socioculturales que, como ha sugerido Jesús Martín Barbero, contribuyan a disminuir las *desigualdades* y a incrementar las *diferencias* entre los seres humanos²⁵.

Sobre esta línea, hemos apuntado algunos «goznes» o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente²⁶.

El primero de estos «goznes» conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (observables) sobre los procesos de comunicación, es el de la **cotidianidad**, cuyo «itinerario» intelectual se remonta a la fenomenología y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término «mundo de la vida», con la *acción comunicativa*.

«La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción²⁷ (Habermas, 1989: 171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos «construyen socialmente la realidad» y le dan sentido tan-

to a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las prácticas sociales y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la concepción única o predominantemente *instrumental* y no *constitutiva* de la comunicación en la vida social.

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social), representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens en la teoría de la estructuración. El énfasis en este acercamiento está puesto en un sujeto *competente*, que mediante su «conciencia práctica» posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta conciencia práctica es extraordinariamente compleja, «complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos»²⁸, y en cuyo estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una *metodología comunicacional*.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, articuladamente, un segundo «gozne» metodológico para la investigación socio-cultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las *competencias discursivas*. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de *usos*, no sólo como relación de «lectura» de un mensaje por un sujeto, sino como una capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los sistemas de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, socio-culturalmente) articulados²⁹.

En la terminología de Giddens, los *esquemas interpretativos* «son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación» y son inseparables, como «modalidades» de la estructuración significativa de los medios o *recursos* de dominación y de las *normas* de la legitimación. De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen en la estructuración de los sistemas sociales a través de la *institucionalización discursiva, político-económica y legal*³⁰.

La *agencia* es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor «para interpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio», pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). «Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida»³¹.

El concepto de *agencia* y las *competencias* que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa permiten sustentar un concepto de *usos* que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación, porque «las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coercionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejer-

cida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas» (*op.cit.* p.21).

Con esto puede resultar suficientemente expuesta la necesidad de una tercera articulación o «gozne» metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las *identidades* sociales de los sujetos, en cuanto participantes (agentes) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interacciones) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la *subjetividad*, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos sistémicos o estructurales (objetivos) y desde la intersubjetividad en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de «goznes» como los indicados, será posible, *en la práctica de la investigación*, integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macro-

estructural y lo microsocioal, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. También, deseablemente, diluir poco a poco las fronteras que separan aún a los estudios de la comunicación de otras «disciplinas» de las ciencias sociales y las humanidades. En palabras de Néstor García Canclini,

«Los objetos de estudio de las ciencias sociales no pueden ser identidades separadas ni culturas relativamente desconectadas ni campos por completo autónomos. Las evidentes relaciones entre ellos no pueden entenderse si las concebimos como simple yuxtaposición. En un tiempo de globalización, el objeto de estudio más revelador, más cuestionador de las pseudo-certezas etnocéntricas o disciplinarias es la interculturalidad. El científico social puede, mediante la investigación empírica de relaciones interculturales y la crítica autorreflexiva de las fortalezas disciplinarias, intentar pensar ahora desde el exilio. Estudiar la cultura requiere, entonces, convertirse en un especialista de las intersecciones³².»

Si la comunicación se asume como práctica sociocultural definida por la producción de sentido, tal como parece irse imponiendo, sus estudiosos seremos, con mayor razón que los de la cultura, «especialistas de las intersecciones», para lo cual las nociones de «interdisciplinari-

dad» o incluso de «transdisciplinariedad», parecen quedar cortas.

EL PROYECTO: ¿IMPULSAR LA IMAGINACIÓN SOCIOCULTURAL O EL PARADIGMA DE LA COMUNICOLOGÍA?

El estatuto disciplinario de los estudios sobre la comunicación es, quizá, el tema crucial de debate sobre el pasado, el presente y, sobre todo, el futuro de nuestro campo académico. En él confluyen los múltiples y complejos factores históricos que determinan su institucionalización, tanto en el plano *cognoscitivo* (saberes teórico-metodológicos) como en el *social* (haceres institucionalizados). En la última década algunos investigadores de la comunicación hemos orientado nuestros mejores esfuerzos para analizar y formular sistemática, crítica y autorreflexivamente los procesos de constitución de ese campo, en mi caso, específicamente en la escala del contexto mexicano³³.

Otros contextos latinoamericanos tienen otras particularidades, y varios trabajos recientes para interpretarlas y sentar con ello las bases del desarrollo futuro del campo, contribuyen de una manera fundamentalmente importante al debate comunitario. En ese sentido, recupero como ejemplo la experiencia de haber participado, hace escasos tres meses, en el X Encuentro

Nacional de Investigadores de la Comunicación, organizado por la Asociación Mexicana (AMIC) donde José Marques de Melo fue invitado como conferencista inaugural. Con su reconocida brillantez, Marques de Melo expuso ante los investigadores mexicanos un trabajo titulado «La comunidad académica de las ciencias de la comunicación: revisión crítica de la experiencia brasileña como paradigma para el fortalecimiento de la comunidad latinoamericana», en el que, en su propio resumen, documentó históricamente el trayecto a partir del cual

«Hoy Brasil posee una dinámica y expresiva comunidad académica en el área, reconocida y respaldada por el sistema nacional de ciencia y tecnología. Su agenda pública mantiene sintonía con las tendencias hegemónicas en la comunidad internacional respectiva, y se intensifica ahora el proceso de su legitimación interna por la comunidad profesional/empresarial con la que interactúa críticamente. La experiencia brasileña puede servir como referencia para la consolidación de la comunidad latinoamericana del campo, tarea a la que se han dedicado con ahínco la ALAIC y sus congéneres nacionales, como es el caso de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación³⁴.

Además del interés que tiene por sí mismo el caso brasileño, sin duda el mayor y el más

avanzado de América Latina en cuanto a institucionalización de la práctica de la investigación en comunicación, y de la indudable competencia y rigor documental e interpretativo del autor, la propuesta a los investigadores mexicanos se expresa muy claramente en el párrafo final del texto de Marques de Melo, bajo la forma de una descripción del proyecto brasileño. Para él «se trata, ahora, de transformar la cantidad en calidad y de motivar no sólo a los investigadores jóvenes, sino también a los comunicólogos dotados de madurez académica, para que se lancen a la arena internacional y diseminen los resultados de la investigación realizada en nuestro país» (*op.cit.* p.29). Tal como les pareció a muchos miembros de la AMIC, considero que la propuesta es consistente y atractiva, no ignorable, sino al contrario, discutible.

A pesar de que ahora, como novedad en su larga y reconocida trayectoria, Marques de Melo apoya su argumentación en autores como Kuhn y Bourdieu para reconocer el anclaje sociopolítico y la dinámica de tensiones y contradicciones de las estrategias de legitimación en el campo académico, su propuesta se asimila mucho más como una ruptura en el plano ideológico que en cualquier otro. El modelo de práctica social en que Marques de Melo ubica el presente y el futuro de la investigación brasileña y latinoamericana de la comunica-

ción no es el que él mismo reconstruye como eje de la que llama la «Escuela Latinoamericana de Investigación de la Comunicación», y que probablemente haya sido formulado y asumido más como «utópico» que como *utopístico*. Si la ruptura es, efectivamente, ideológica, el debate por el estatuto disciplinario de los estudios de la comunicación tendrá que seguir siendo arduo y complicado, porque, como han observado Dogan y Pahre,

«Las disciplinas y subdisciplinas se dividen de acuerdo con criterios epistemológicos, metodológicos, teóricos e ideológicos. A veces, las divisiones ideológicas pueden revelarse irreductibles. Las de carácter teórico son susceptibles de superación. Las de naturaleza conceptual o metodológica pueden ser fácilmente conciliadas»³⁵.

El modelo que subyace en los análisis y las propuestas de Marques de Melo -y en las acciones colectivas que se ha encargado de liderar- a mi manera de ver es exactamente análogo al que subyacía en la *agencia* de Wilbur Schramm en los años cincuenta y sesenta en Estados Unidos, cuando se constituyó bajo su liderazgo y autoridad el campo académico de la investigación de la comunicación, según lo ha evidenciado históricamente Everett Rogers³⁶.

La estrategia *fundadora*, y *por lo tanto*, *paradigmática* de

Schramm incluyó la creación de institutos especializados en investigación de la comunicación, la redacción de los libros de texto que definieron el campo en los años cincuenta, la formación de docenas de los primeros doctores en comunicación, la fundación o dirección de asociaciones y la difusión internacional de la disciplina o *ciencia* de la comunicación³⁷. El proceso de institucionalización del campo impulsado así por Schramm en Estados Unidos tiene el mérito de haber superado el conservadurismo del sistema universitario norteamericano, que resiste tradicionalmente la creación de departamentos o campos «nuevos», mediante el recurso de introducir las actividades de investigación a los departamentos ya existentes de las universidades -de periodismo y, más adelante, de *Speech*- e irlos transformando paulatinamente en departamentos de comunicación. Este proceso de conversión, a más de cuarenta años de iniciado, no está concluido y ha generado la más notable *desarticulación* norteamericana del campo académico de la comunicación: la escisión entre investigación de la *mass communication* [comunicación masiva], y la investigación de la *speech communication* [comunicación interpersonal]³⁸. Si al mismo tiempo el campo así desarticulado crece y se expande notablemente, y se enfrenta a un conjunto creciente de fenómenos sociales de rápida evolución como es el caso del de

la comunicación en Estados Unidos, es inevitable postergar la definición disciplinaria.

Pero el análisis de este paradigma norteamericano, más allá del reconocimiento de la dependencia asumida con respecto a él en casi todo el resto del mundo para la institucionalización y constitución del campo académico de la comunicación, tiene para América Latina una implicación particularmente relevante. Muchos analistas norteamericanos comparten una preocupación creciente por la relación entre el crecimiento institucional y el desarrollo teórico, pues son evidentes en la actualidad la fragmentación y desnivelación del campo³⁹. En un artículo titulado, significativamente, *Fuentes institucionales de la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación*, John Durham Peters observaba hace más de una década que, aunque «la auto-reflexión es clave en una ciencia social saludable, las circunstancias en la formación del campo han generado obstáculos graves para hacerlo de una manera fructífera. Específicamente, exploraré el fracaso del campo en la definición de una manera coherente de su misión, su objeto y su relación con la sociedad»⁴⁰.

Peters señalaba tres principales «fuentes de la pobreza intelectual» del campo: la primera es la *institucionalización*, impulsada por Wilbur Schramm al crear los

Institutos de/para la Investigación de la Comunicación en las universidades de Illinois en 1948 y Stanford en 1955, en los cuales se privilegió, por una parte el campo mismo sobre su productividad intelectual, y por otra la definición de políticas y aplicaciones sobre la reflexión y la teorización crítica. La síntesis de Peters es despiadada: «El afán del campo por sobrevivir ha sido el encarnizado enemigo del desarrollo teórico. Lo que sobrevive es un fruto de la ambición más que del sentido» (*op.cit.* p.538). En otro sentido, Everett Rogers ha señalado que la tarea principal del naciente campo de la investigación de la comunicación fue «gastar los millones de dólares generados por la producción petrolera» que Rockefeller donó para financiarla.⁴¹

La segunda «fuente» está en los *usos de la teoría de la información*, que otra vez Wilbur Schramm identificó con los estudios de comunicación, siendo una innovación de la ingeniería eléctrica que, desde su publicación en 1948, fue diseminada a prácticamente todas las ciencias (físicas, biológicas y sociales), las artes, las humanidades y la filosofía.

«La pandisciplinaria teoría de la información y la investigación de la comunicación institucionalizada tiraban en direcciones opuestas: la una, interesada en la teoría universal, la otra, en el territorio particular. Sin embargo, el jo-

ven campo no pudo sino aprovecharse del interés en la «comunicación» que despertó la teoría de la información. De pronto se encontró a sí mismo hablando en el mismo vocabulario informacional que todos los demás (...) Nadie cree más en *emisores y receptores, canales y mensajes, ruido y redundancia*, pero esos términos han llegado a ser parte de la estructura básica del campo, en libros de texto, programas de cursos y revisiones de literatura» (*op.cit.* p.540).

La auto-reflexión como *apologética institucional* es la tercera «fuente de pobreza intelectual» del campo de la comunicación señalada por Peters, por la cual la conservación del campo para estudiar fenómenos que la sociología, la psicología social o la antropología habían ya adoptado como propios y los habían abordado con sus propios métodos, tomó el lugar de la teoría, imposible de construir en términos de «comunicación masiva». De manera que «el campo que Schramm construyó consistió en las sobras de la investigación previa, apareadas con campos desposeídos como el periodismo académico, el drama o el habla [*speech*] (dependiendo de la universidad específica)» (*op.cit.* p.544).

La inusitada crítica de Peters a Wilbur Schramm y su «herencia» (el campo de la investigación de la comunicación) apunta, más allá de la virulen-

cia contra el «padre fundador», fallecido en 1988, a un factor centralmente importante, la *constitución teórica*, que reafirma en una respuesta a un crítico de su artículo: «En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus 'ideas interesantes' fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el período formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico. Durante el tiempo en que hubo amplia teorización interdisciplinaria sobre la comunicación, el campo se distinguió de esa teorización y se otorgó a sí mismo una designación institucional. El único uso que tuvo la teoría de la información en el campo fue el de un escudo de armas académico»⁴².

La propuesta final de Peters es «dar sustancia, vía la teoría, a los conceptos centrales del campo», definir «lo comunicativo» y «propiciar una anarquía en los conceptos centrales, libre de toda intromisión institucional, e insistir en la vitalidad intelectual de tal anarquía. Todo vale, se diría, con tal de que sea de alta calidad» (*op.cit.* p.316). Esta alusión a Feyerabend⁴³, que advertía que «la proliferación de teorías es beneficiosa para la ciencia, mientras que la uniformidad debilita su poder crítico», merece un análisis más detallado, especialmente en relación con la tensión entre la orientación

ideológica y la «cientificidad» implícita en la «comunicología» propugnada por Marques de Melo.

Un esquema de análisis semiótico aplicado también muy recientemente en México por Rafael Reséndiz para reflexionar sobre «la comunicación: una *in-disciplina* intelectual»⁴⁴, puede ayudar a precisar los ejes del complejo debate sobre la teoría y la práctica de la investigación de la comunicación en América Latina y su futuro:

«El fenómeno contemporáneo de la comunicación ha generado el desarrollo de varias topologías: una topología multirreferencial, una más multidimensional y otra multifuncional, las que conforman los ejes donde convergen el saber, el ser y el hacer comunicacional. Esta triaxialidad se ve coronada por un último eje, que es el de la ética comunicacional, quizá pervertida, que debería definir los parámetros del saber, del ser y del hacer comunicacionales.»

Esta propuesta opera sobre el supuesto de que las «ciencias de la comunicación» son un proyecto científico con pocas posibilidades de concretarse, dada la amplitud de dimensiones del saber y del saber-hacer que pretende englobar» (*op.cit.* p.1). La clave está en el poder social de los *agentes* (o actores en los términos usados por Reséndiz) que controlan las dimensiones gnoseológica, teleológica y

praxeológica de la comunicación, que pudieran acordar los términos de una *ética* fundante de la comunicación en la sociedad.

A manera de síntesis, que no de conclusión, de esta suscita relación de algunos de los problemas que, desde diversas perspectivas, han ido definiendo los términos de un debate insuficientemente desarrollado por los investigadores latinoamericanos de la comunicación en los años noventa, propongo un esfuerzo comunitario centrado en la formulación de un *proyecto* que, a partir de una *definición ética* (es decir, ideológica, político-moral) de las funciones sociales que puede desempeñar la investigación de la comunicación en el sistema-mundo de transición histórica en que habremos de vivir al menos por las siguientes dos décadas, establezca los *espacios de discusión y de construcción colectiva, sistemática y rigurosa*, de las opciones que en el terreno teórico-metodológico y epistemológico por una parte, y en la organización de las prácticas de investigación por la otra, podrían adoptarse como *utopística comunicacional, como producción social de sentido sobre la producción social de sentido*.

1. Luis Ramiro Beltrán S: «Communication research in Latin America: the blindfolded inquiry?», International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World, IAMCR, Leipzig, september 17th. - 20th, 1974. p.23.
2. Raúl Fuentes Navarro, *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. FELAFACS, México, 1992. p.7.
3. Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili, México, 1987. p.229.
4. Anthony Giddens y Jonathan Turner: *La teoría social, hoy*. Alianza/CONACULTA, México, 1991.
5. Mark Levy & Michael Gurevitch: *Defining media studies. Reflections on the future of the field*. Oxford University Press, Oxford and New York. 1994.
6. Luis Ramiro Beltrán: «No renunciemos jamás a la utopía», entrevista con Patricia Anzola, en *Chasqui*, N° 3, CIESPAL, Quito, 1982. p. 6-13.
7. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*. Siglo XXI, México, 1996; *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI, México, 1998.
8. Jesús Martín Barbero, «Comunicación fin de siglo, ¿para dónde va nuestra investigación?» en *Telos* N° 47, FUNDESCO, Madrid, septiembre-noviembre de 1996, p.58-64.
9. Héctor Schmucler, «Lo que va de ayer a hoy, de la política al mercado», en *Telos* N° 47, FUNDESCO, Madrid, septiembre-noviembre de 1996, p.65-72.
10. Los libros mencionados por Schmucler en una nota de pie de página son, por supuesto, *De los medios a las mediaciones* (1987) de Martín Barbero y *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990), de García Canclini, ciertamente los más influyentes en la producción latinoamericana de la última década en el campo.
11. Immanuel Wallerstein: *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*. Siglo XXI, México, 1998, p.3-4.
12. Immanuel Wallerstein: *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI, México, 1998.
13. Immanuel Wallerstein: et al: *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI, México, 1996.
14. Renato Ortiz: «Ciencias sociales, globalización y pradigmas», en Rossana Reguillo Cruz y Raúl Fuentes Navarro (coords.) *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. ITESO, Guadalajara, 1999. p.19.
15. La comunidad «internacional» es decir, casi exclusivamente la anglosajona, de investigadores de la comunicación, ha generado un debate interminable, muy bien ejemplificado en los números especiales del *Journal of Communication* en 1983 dedicado al *fermento en el campo*, y en 1993 al *futuro del campo*. Otras comunidades de investigadores, como la latinoamericana, han hecho lo propio.
16. Dan Schiller: *Theorizing communication: a history*. Oxford University Press, 1996. p.vii.
17. Klaus Krippendorff: «The past of Communication's hoped-for future», *The future of the Field I, Journal of Communication* Vol.43 N°3, 1993.
18. Anthony Giddens: «The orthodox consensus and the emerging synthesis», en Brenda Dervin et al (eds), *Rethinking Communication, Vol. I: paradigm issues*. Sage, 1989. p.53-65.
19. Klaus Bruhn Jensen & Nicholas W. Jankowski (eds) *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. Routledge, 1991.
20. Raúl Fuentes Navarro: «Acercamientos socioculturales a la investigación de la comunicación: el gozne metodológico», en Rebeca Mejía y Sergio Sandoval (coords), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. Guadalajara: ITESO, p.77-100.
21. Anthony Giddens: *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1984.
22. Klaus Bruhn Jensen: *The social semiotics of mass communication*, Sage, London, 1995.
23. John B. Thompson: *Ideología y cultura moderna*. UAM-Xochimilco, México, 1993; *Los media y la modernidad*. Paidós, Barcelona, 1998.
24. Immanuel Wallerstein et al: *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI, 1996, p. 81-83.
25. Jesús Martín Barbero: «Pensar la sociedad desde la comunicación: un

- lugar estratégico para el debate a la modernidad», *Diálogos de la comunicación* N° 32, FELAFACS, Lima, 1992. p.28-33.
26. Raúl Fuentes Navarro: «Acercamientos socioculturales a la investigación de la comunicación: el gozne metodológico», en Rebeca Mejía y Sergio Sandoval (coords), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. ITESO, Guadalajara, 1998. p.77-100.
27. Jürgen Habermas: *Teoría de la acción comunicativa*, Vol. 1. Taurus, Madrid, 1989.
28. Anthony Giddens: *Consecuencias de la modernidad*. Alianza, Madrid, 1993. p.281.
29. Umberto Eco: *Tratado de semiótica general*. Lumen, Barcelona, 1997.
30. Anthony Giddens: *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1984. p.29-31.
31. William H. Sewell Jr.: «A theory of structure. Duality, agency and transformation», *American Journal of Sociology* 98: 1, 1992. p.1-29.
32. Néstor García Canclini: «De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio», en Rossana Reguillo y Raúl Fuentes Navarro (coords), *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. ITESO, Guadalajara, 1999. p.69.
33. Raúl Fuentes Navarro. *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. ITESO/Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1998.
34. José Marques de Melo: «A comunidade académica das ciências da comunicação: revisão crítica da experiência brasileira como paradigma para o fortalecimento da comunidade latino-americana», Conferencia inaugural del X Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación, La Trinidad Tlaxcala, abril de 1999.
35. Matei Dogan y Robert Pahre: *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. Grijalbo, México, 1993. p.69.
36. Everett M. Rogers: *A history of communication study. A biographical approach*. The Free Press, New York, 1994.
37. Everett M. Rogers: «Looking back, looking forward: a century of communication study», en Gaunt (ed), *Beyond agendas: new directions in communication research*. Greenwood Press, Westport CT., 1993, p.19-39.
38. Dadas las características radicalmente diferentes de las universidades latinoamericanas con respecto a las norteamericanas, la institucionalización de la investigación de la comunicación en ellas tuvo necesariamente características y condiciones históricas diferentes. Ver, por ejemplo, José Joaquín Brunner: *Universidad y sociedad en América Latina*. UAM-Azcapotzalco/SEP, Ensayos N° 19, México, 1987.
39. William Paisley: «Communication in the communication sciences», in Dervin & Voigt (eds), *Progress in communication sciences, volume V*. Ablex, Norwood NJ. 1984. p.1-43.
40. John Durham Peters: «Institutional sources of intellectual poverty in communication research», *Communication Research* Vol 13 N° 4, 1986. p 527-559.
41. Everet M. Rogers: «Looking back, looking forward: a century of communication study», en Gaunt (ed), *Beyond agendas: new directions in communication research*. Greenwood Press, Westport CT, 1993.
42. John Durham Peters: «The need for theoretical foundations. Reply to Gonzalez», in *Communication Research* Vol 15 N° 3, 1998. p.309-317.
43. Paul Feyerabend: *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos, Madrid, 1986.
44. Rafael Reséndiz Rodríguez: «La comunicación: una *in-disciplina* intelectual (reflexiones sobre los actores, los espacios y los tiempos comunicacionales)». Ponencia en la mesa de trabajo *Situación actual y estado del conocimiento en ciencias de la comunicación*, en el Congreso Nacional del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales AC. México, DF., abril 19-23 de 1999.